

## LA ÉPOCA DE LOS NOVADORES, DESDE LA HISTORIA DE LA LENGUA

*The age of the Novatores, from the perspective of the History of language*

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA  
*Universidad Autónoma de Madrid*

En un amplio estudio consagrado al proceso de formación del léxico de la Ilustración en España me he ocupado ya de algunas cuestiones directamente conectadas con el título que encabeza estas líneas<sup>1</sup>. Dicho estudio ha mostrado, espero que de modo convincente, la necesidad de remontarse hasta —aproximadamente— 1680 para iniciar el recorrido que pretenda reconstruir el alumbramiento de todo un vocabulario intelectual que no es solo, por cierto, el de la Ilustración como ciclo cultural, sino también en buena medida el de la modernidad misma. Es mucho todavía lo que nos falta por conocer de la historia del léxico español, y mucho lo que en ese terreno cabría esperar de una aproximación colaboradora entre historiadores y filólogos. A propiciarla ha venido, y muy oportunamente, un reciente llamamiento del profesor Elliott para que se estudie de forma sistemática “el vocabulario o los usos retóricos de la élite gobernante en la España de los Austrias con objeto de reconstruir su cultura política”<sup>2</sup>. Ni los historiadores —con la excepción notabilísima, que Elliott señala, de José Antonio Maravall— ni los filólogos se han interesado mucho hasta el momento por el estudio del vocabulario característico de la cultura del Barroco en España, y he de decir

1. *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992 (*Anejos del BRAE*, LI).

2. *Lengua e Imperio en la España de Felipe IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, p. 31.

que fue esa sin duda una de las más graves carencias a que me hube de enfrentar cuando desarrollaba mis investigaciones sobre el ciclo histórico inmediatamente subsiguiente.

No puedo ni debo repetir aquí los resultados de esas investigaciones. Voy, por el contrario, a fijarme en algunos otros aspectos concretos que, teniendo como denominador común a la lengua española, hacen referencia a esas décadas que están a caballo entre el siglo XVII y el XVIII y constituyen lo que conocemos como “la época de los novadores”. La nueva periodización que ella implica exige unos replanteamientos que apenas han alcanzado a los historiadores de la lengua, y de ahí que me vea forzado por el momento a trazar tan solo algunas pistas, a sugerir algunas vías de estudio, a formular cautamente algunas hipótesis e intuiciones.

Tomemos, por ejemplo, el proceso de fundación de Academias, entre las que tan destacado lugar ocupará la Española, la consagrada a velar por la lengua castellana. Tradicionalmente se ha venido asociando dicho proceso al advenimiento de los Borbones, pero sabemos que en realidad se había iniciado antes de 1700, y sin duda habría continuado aunque no se hubiera producido el cambio dinástico. (Hay, por otra parte, una evolución interna que va de la academia barroca a la tertulia ilustrada.)<sup>3</sup> En 1697 comenzó a reunirse en Sevilla una tertulia que acabó convirtiéndose en la primera academia científica española: la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, cuyas constituciones fueron aprobadas por Carlos II el 25 de mayo de 1700. Por esas fechas se reúnen también tertulias de novadores en Valencia, en Barcelona y, como nos revela un precioso testimonio del doctor Zapata, en Madrid. Ese testimonio es muy conocido, pero no lo es tanto el hecho de que el propio Zapata vincule en ese mismo lugar —su extensísima censura a los *Diálogos filosóficos en defensa del atomismo* (1716) de Juan de Nájera— la fundación de la Real Academia Española, con su director, el marqués de Villena, al frente, a la causa de los novadores:

Y para cerrar el discurso con llave dorada, quitando sospechas y desvaneciendo bastardos recelos, ¿no tenemos aora al Excelentísimo señor Marqués de Villena, Mayordomo Mayor del Rey nuestro señor, que sabe con la mayor perfección y pureza que cabe la Philosophía moderna? ¿Pues qué no diré del eruditísimo, autorizado y respetable cuerpo de los que están adornando y fecundando nuestro Idioma, la Academia Real de la Lengua Española, de quien es cabeza su Excelencia? Compónese de grandes y rectísimos Ministros de los más supremos Consejos de Castilla, Guerra e Indias; de Cavalleros de incomparable erudición; Eclesiásticos y Religiosos sapientísimos y zelosísimos de la Religión, por sus altos empleos de Calificadores del Supremo Consejo de Inquisición. Cierto que iba ya a nombrar mi Regia Sociedad; pero la pasión de Fundador me suspendió el elogio, si ay alguno que le adeque o sea capaz de ponderarla. Y pues ay tantos

3. Me he ocupado de estas cuestiones en “Las academias de los novadores”, en E. Rodríguez Cuadros (ed.), *De las academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1993, pp. 263-300.

*Novatores* en España, estamos todos en possession de darle las gracias al Padre Palanco, por el bien fundado y discurrido título que nos ha dado (§ 23).

Téngase en cuenta, para comprender esa última alusión, que Zapata escribe esta censura en el momento de máxima efervescencia de la pugna suscitada por la ofensiva ultraconservadora del escolástico P. Palanco, de cuyo *Dialogus physico-theologicus contra philosophiae novatores* (1714) surgió el nombre (el “título”, dice Zapata) con que los miembros del movimiento renovador iban a ser —y, sobre todo, son hoy— conocidos. Repárese, también, en la valentía con que Zapata asume esa etiqueta, la de *novator*, a propósito de la cual el *Diccionario de auto-ridades*, tras definir la palabra como “inventor de novedades”, comentaba: “Tómase regularmente por el que las inventa peligrosamente en materia de doctrina”<sup>4</sup>.

Pues bien, gracias a las investigaciones de Nicolás Marín sobre uno de los primeros miembros de la Española, D. Pedro Verdugo, segundo conde de Torrepalma, sabemos que Zapata había pensado dedicar a la Real Academia su respuesta a Palanco —que finalmente adoptó la forma de una censura—; el interés que manifiesta Torrepalma, en carta a Squarzafigo de 1716, por saber si ha aparecido ya el escrito de Zapata, unido a otras afinidades con los novatores detectables en una *Disertación sobre el numen poético* que el conde envía a la corporación, llevan a Marín a descubrir toda una red de conexiones personales entre los partidarios de la filosofía moderna y los primeros académicos, y a insistir en el hecho de que “buena parte de los nobles y sabios que se interesaban por estas cuestiones en Madrid fueron luego miembros de la Academia; o dicho de otro modo: su fundación es en parte uno de los resultados finales de la acción de los hombres más avanzados antes de 1700”<sup>5</sup>.

Por lo que se refiere a la figura de Villena, no estaba desasistido de razones Zapata al urdir ese habilidoso arropamiento que hemos leído. Pues, en efecto, del fundador de la Real Academia Española nos dice Sempere y Guarinos lo siguiente:

Había también en la Corte un Grande de España cuyas luces y modo de pensar se conformaban mucho con el del Soberano. Este era el Excelentísimo Señor Don Juan Fernández Pacheco, Marqués de Villena, muy conocido fuera de la Península por su relación con la Academia de Ciencias de París, de la que era individuo, y por su comunicación con muchos sabios de Europa. Su instrucción no se reducía a los conocimientos de que debiera estar adornado todo noble. La Lengua Griega y demás ramos de las buenas y bellas letras, las Matemáticas y hasta la Medicina, la Botánica, la Química y la Anatomía merecieron el cuidado de su aplicación. En Escalona, Pueblo de sus Estados, hay una torre que llaman de la

4. Cf. *Ideas y palabras...*, p. 629.

5. “Poesía y ciencia moderna en un texto de 1715 [*sic*; en realidad, 1716]”, *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, t. II, pp. 317-27; también publicó el mismo investigador “La *Disertación sobre el numen poético* de don Pedro Verdugo (texto inédito de 1716)”, *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 10-11 (1983), pp. 69-84. Es interesante señalar, con Marín, que Antonio Dongo y Juan de Ferreras, dos de los académicos fundadores de la Española, firman una carta y una censura, respectivamente, en los *Diálogos* de Nájera.

*Chímica*, acaso porque la tenía destinada para las experiencias y observaciones de aquella Ciencia, y se conservan en ella todavía muchas hornillas y varios instrumentos. También se guardaban otros muchos de Matemáticas en su escogida Biblioteca [...].

A los buenos oficios de este sabio se debió la fundación de la Academia Española de la Lengua, y le hubiera debido España la entera restauración de la Literatura si hubiera llegado a efectuarse el gran proyecto que tenía formado de una Academia general de Ciencias y Artes. He tenido el gusto de ver algunos apuntes escritos de su mano sobre este utilísimo pensamiento, en el que parece se había propuesto seguir por la mayor parte la división de las Ciencias del Barón de Verulamio<sup>6</sup>.

Aunque en tan acabado retrato de un novator pueda haber algo de ditirámico, no cabe dudar de que la idea inicial del fundador de la Española, a pesar de que hoy casi nadie lo recuerde, era la de crear una “Academia general de Ciencias y Artes”, es decir, la Academia *total*<sup>7</sup>. Después el proyecto, al perfilarse, se hizo menos ambicioso, seguramente porque de forma inmediata la idea de elaborar un diccionario, como habían hecho la Accademia della Crusca y la Académie française, acaparó toda la atención, y ello hizo que fuera el modelo de esta última el que acabara prevaleciendo (no tanto para el diccionario en sí, que comparte con el *Vocabolario* de los florentinos la inclusión de citas o “autoridades”, inexistentes en cambio en el *Dictionnaire* de los franceses). Los orígenes de la Academia, según el relato de sus mismos protagonistas, están una vez más en una tertulia informal con fines inicialmente desdibujados: “Teníanse estas Juntas —leemos al frente del *Diccionario de autoridades*— en la Posada del Marqués, sin observar formalidad en asientos ni en votos. Reducíanse a tratar las materias que ofrecía la conversación, bien que siempre venían a parar los discursos en que se formasse Academia que tuviesse por primero y principal instituto el trabajar un Diccionario de la lengua”<sup>8</sup>.

Es también significativo que cuando el 23 de octubre de 1714 una comisión de académicos fue a visitar al rey para darle las gracias por la real cédula que daba definitivo carácter oficial a la corporación, Felipe V contestara a la oración del director diciendo “que esperaba que por medio de la Academia floreciesen las ciencias en España”<sup>9</sup>.

Otra cuestión que está siendo revisada a fondo en los estudios dieciochistas es la relativa a la influencia francesa, en la que se veía una consecuencia automá-

6. *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III*, t. I, Madrid, 1785, pp. 10-3.

7. Ha sido Alberto Gil Novales (“El concepto de academia de ciencias en el siglo XVIII español”, *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 7-8 (1980), p. 5, n. 8) quien ha observado que este importante dato falta en el clásico trabajo dedicado a la Academia y a su fundador, el de Emilio Cotarelo y Mori “La fundación de la Academia Española y su primer director D. Juan Manuel F. Pacheco, marqués de Villena”, *BRAE*, I (1914), 4-38 y 89-127.

8. *Diccionario de la lengua castellana...*, t. I, Madrid, 1726, p. X.

9. Cit. por Cotarelo, p. 37.

tica de la llegada al trono del duque de Anjou. En realidad, como ya observó Américo Castro hace tiempo, la relación cultural con Francia no se inicia súbitamente con el reinado de Felipe V, sino bastante antes; tras señalar algunos datos en apoyo de esa afirmación, Castro escribía:

Una metódica exploración bibliográfica de la segunda mitad del siglo XVII quitaría, en mi opinión, bastante brusquedad a la iniciación en la cultura internacional a través de los libros de Francia. El hecho mismo de que Felipe V venga a España, y pueda reinar en vez del Archiduque de Austria, es una consecuencia más bien que una causa<sup>10</sup>.

Por lo que a la historia de la lengua se refiere, urge aplicar este cambio de perspectiva al estudio de los galicismos. No sabemos prácticamente nada de la entrada de préstamos léxicos franceses en la segunda mitad del XVII, pero estoy convencido de que una exploración a fondo de ese terreno depararía no pocas sorpresas. El propio Castro también lo vio así: “Antes de llegar al siglo XVIII, época en que el galicismo adquiere enorme incremento, habían entrado algunos bastante crudos en nuestra literatura, lo que demuestra una vez más que no debe pensarse que el gran influjo francés arranca precisamente del reinado de Felipe V”<sup>11</sup>. En particular, la penetración de galicismos en el vocabulario de las costumbres y las modas durante el reinado del último Austria está reclamando un estudio detenido, para el que hay materiales de interés incluso en una fuente tan accesible como el *Diccionario de autoridades*. No en vano observaría Sempere y Guarinos que en tiempo de Carlos II se vio la Corte de España “vestida a la francesa”<sup>12</sup>. Y el autor de un panfleto contra una figura, la de D. Juan José de Austria, que llegó a suscitar en torno suyo bastantes esperanzas de renovación, escribe no mucho antes de la desaparición en 1679 de este hijo natural del rey, y tras una recriminación de novedades idiomáticas entre las que se mencionan algunas voces afrancesadas: “¿Qué importa que enriquezca y mejore la lengua si está empobrecido y arruinado el reino?”<sup>13</sup>.

Por otra parte, el estudio del léxico setecentista español debe sustituir —sin olvidar, por supuesto, el liderazgo intelectual de Francia, pero tampoco los muy importantes contactos directos con la cultura italiana y los más indirectos, pero existentes, con la inglesa— la monótona obsesión hacia el galicismo, que tanto ha cundido desde el XVIII mismo, por una atención comprensiva a la existencia de unas “cadenas cultistas paneuropeas” (en expresión de Malkiel) que son esenciales para el conocimiento del vocabulario intelectual<sup>14</sup>.

10. “Algunos aspectos del siglo XVIII. (Introducción metódica)”, en *Españoles al margen*, Madrid, Júcar, 1975 (2ª ed.), p. 51.

11. “Los galicismos”, en *Lengua, enseñanza, literatura*, Madrid, 1924, p. 135.

12. *Historia del lujo y de las artes suntuarias en España*, Madrid, 1788, t. II, p. 133.

13. JUAN CORTÉS OSORIO, *Invectiva política contra D. Juan José de Austria*, ed. de Mercedes Etreos, Madrid, Editora Nacional, 1984, p.85; el texto pertenece a la *Conferencia verdadera en la Venta de Viveros*.

14. Véase *Ideas y palabras...*, p. 56.

Es evidente que la aparición de neologismos depende directamente de la evolución de las necesidades expresivas de la comunidad hablante, y que aquellos constituyen, en tanto que palabras-testigo de una nueva situación, un campo privilegiado para el estudio de la interrelación lengua-cultura. Es de notar que esa dependencia fuera percibida ya por Feijoo. Es bien conocida la carta que dedica el benedictino a la introducción de voces nuevas, donde esgrime el argumento central de todos los que han debido enfrentarse a tendencias puristas o inmovilistas: el de que el incremento del léxico es consecuencia inseparable del progreso histórico. “Pensar que ya la lengua Castellana —escribe el benedictino—, u otra alguna del mundo, tiene toda la extensión posible o necesaria, solo cabe en quien ignora que es inmensa la amplitud de las ideas para cuya expresión se requieren distintas voces”<sup>15</sup>; “es preciso —dice en otra ocasión— que yo invente la voz para significar un objeto de quien nadie habló, o por lo menos a quien nadie dio nombre hasta ahora”<sup>16</sup>. Menos conocida, pero no menos interesante para nuestro propósito, es la defensa del neologismo que hace Nicolás Antonio en 1683, al aprobar una traducción de la *Historia de Italia* de Guicciardini:

Algunas voces extrañará el lector como no naturales; pero no se pueden condenar por tales las que ha admitido necesariamente nuestra lengua porque no tenía otras para explicar las nuevas invenciones que ha producido el tiempo y la industria de los hombres, habiendo sido forzoso el admitirlas con los nombres que les dieron sus inventores, o las que por su hermosura y mayor enerjía se han recibido en ella por los que profesan el nobilísimo estudio de acrecentar y adornar nuestro idioma, el cual cultivan, sin asquear lo extranjero, las demás naciones cultas de Europa, de que se podría decir mucho<sup>17</sup>.

De todas formas, la discusión en torno a los neologismos no es una novedad de la etapa que aquí consideramos. Lo que sí es nuevo es su campo de aplicación, pues esa polémica se desplaza del terreno estilístico-literario al de las terminologías científicas y al ideológico. Maravall ha observado con agudeza que el Barroco era innovador en aquellas esferas en las que ni política ni intelectualmente resultaba peligroso serlo, lo era incluso con extremo, compensando así la privación de novedad en otras partes. Hay un pasaje de Jerónimo de San José que expresa muy bien esa especie de paralización idiomática en los campos de la religión, del derecho, de la ciencia, de la técnica. “¿Qué quedaba, en fin de cuentas —se pregunta Maravall—, al esfuerzo de innovación? El capricho poético y artístico”<sup>18</sup>. La situación va a cambiar sustancialmente cuando hagan su aparición los novadores y los ilustrados.

15. *Cartas eruditas* I (1742), 33<sup>a</sup>, 6.

16. *Cartas eruditas* III (1750), 11<sup>a</sup>, 12.

17. *Epistolario español*, I, Madrid, 1856, p. 592b (*Biblioteca de Autores Españoles*, XIII.)

18. *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 290. El aludido texto de Jerónimo de San José, perteneciente a *Genio de la Historia* (1651), dice lo siguiente: “Estén, pues, muy enhorabuena firmes e inmuebles los términos, voces y palabras que en materia de Religión, dogmas y doctrina intro-

Los esfuerzos por difundir en España las novedades filosóficas, científicas y técnicas pondrán de actualidad dos cuestiones de sumo interés para el historiador de la lengua: una es un nuevo episodio en la pugna de las lenguas nacionales frente al latín; otra, la de la incorporación de la terminología correspondiente a aquellos adelantos.

Así, la cuestión del latín ocupa un papel relevante en los diversos textos polémicos que figuran al frente de los ya citados *Diálogos filosóficos en defensa del atomismo*. La *Respuesta* del P. Palanco critica con dureza el hecho de que sus contrincantes empleen para tratar estas cuestiones el “idioma vulgar” —evidentemente, porque al hacerlo se multiplicaban las posibilidades de difusión de las novedades—; a lo que Nájera replica:

La magestad de la lengua Española no sé en qué ha pecado para que se dé por cargo el escribir en ella. La nación Francesa es oy la más culta de toda Europa, y en ella se tiene por uso en este siglo escribirse no solo las materias phylosóficas, sino puntos de Religión, como son las controversias del Jansenismo (p. 62).

Feijoo declarará por su parte que una de las cosas que pretende demostrar con sus obras es que el léxico español basta para escribir con él sobre toda clase de temas, a salvo de algún necesario “empréstito” de ciertas “voces facultativas”<sup>19</sup>. Seguramente es exagerado afirmar, como lo hace Marañón, que “Feijoo es el creador, en castellano, del lenguaje científico”<sup>20</sup>. Lo que el Padre Maestro hizo, más bien, fue difundir entre el gran público lo que hasta entonces no había salido de los círculos de especialistas. He aquí un pequeño botón de muestra muy ilustrativo: el propio benedictino, en un pasaje del *Teatro crítico*, cree estar introduciendo en castellano el cultismo *émbolo*; tratando de una bomba hidráulica necesita emplear esa palabra, y se justifica con la siguiente nota: “A aquel cuerpo de figura cilíndrica que llena la concavidad de la bomba y que con su extracción hace subir el agua llaman los latinos *embolus*, voz que tomaron de los griegos, y los franceses *piston*. Yo uso de la voz *émbolo*, porque no sé que la tenga propia en nuestro idioma”<sup>21</sup>. Esto se escribe en 1728. Ya había aparecido el primer tomo del *Diccionario de autoridades*, pero no el 3º, que es el que contiene la letra E y saldría pocos años después, en 1732 concretamente. Si Feijoo hubiera podido consultarlo se habría encontrado con que no era él el primero en emplear la palabra *émbolo*: los académicos redactores del diccionario anduvieron aquí tan diligentes

dujo la Antigüedad y el tiempo siempre sucesivamente ha observado, como las palabras también y frases formularias en las leyes, decretos y causas forenses, y en cada arte y ciencia; pero en lo demás del estilo y lenguaje corriente no hay que atar los ingenios y elocuencia a la grosería del hablar antiguo”.

19. *Teatro crítico* I (1726), 15º, 25.

20. *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, 4ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1962, p. 86.

21. *Teatro crítico* II (1728), 11º, 5. Nótese que Feijoo, puesto a elegir entre un latinismo, *émbolo*, y un galicismo fácilmente aclimatable en español como era *pistón* —y que curiosamente, andando el tiempo, también entrará en nuestra lengua—, elige el latinismo. Y es que el benedictino era menos galicista de lo que machaconamente se ha repetido.

que no solo registraron ese tecnicismo, señalando que era una “voz matemática” que designaba “la parte movable de la bomba”, sino que además lo refrendaron precisamente con un texto del *Compendio matemático* de Tosca, de 1712. Y recuérdese aquí el sagaz comentario de Burriel, discutiendo amistosamente con Mayans: “Que Feijoo y Martínez hayan servido mucho a la nación me parece cierto, porque han despertado en ella el buen gusto más que otro ninguno. Que sea más profundo Tosca en sus doctrinas, ¿qué importa? A Tosca le han leído ciento, y a estotros un millón, y a Tosca le han buscado avizorados de estotros”<sup>22</sup>.

La aseveración de Marañón se acerca más a la verdad en lo que concierne al estilo, esto es, al empleo de una prosa expositiva y didáctica adecuada a la divulgación científica, que en lo que se refiere a la incorporación de tecnicismos. En ese terreno sí que se produce un salto cualitativo importante entre los novadores y Feijoo, pues hay que reconocer que aquellos, pese a su loable propósito de sustituir el latín por el español como lengua para la expresión científica (y nótese que Tosca dio el salto en el caso del *Compendio mathemático*, pero no en el del *Compendium philosophicum*), no siempre conseguían manejar la nueva herramienta con suficiente soltura. La prosa de muchos novadores resulta por lo general pesada y difícil para el lector de hoy, llena como está de expresiones crudamente latinas o latinizantes y de adherencias de la escolástica barroca. He aquí, como muestra, un fragmento del *Ocaso de las formas aristotélicas* del Dr. Diego Mateo Zapata, obra publicada en 1745 pero escrita hacia 1721, es decir, solo cinco años antes de que Feijoo haga su aparición en escena; nótese, en concreto, el abuso de las series de adjetivos antepuestos:

Me ha parecido *ordine doctrinae* es indispensable explicar aquí el continuo incesante movimiento circular de la sangre, para que en nada salga defectuoso nuestro *Discurso* [...]. Dije *explicarlo* porque lo evidente y universalmente admitido se supone y no se prueba; pero si cualquiera constante verdad física tiene a su favor la suma autoridad de los más graves clásicos autores y las más eficaces concluyentes razones y sólidas constantes experiencias, la circulación de la sangre está ya en tan pacífica inalterable posesión de este invictísimo apoyo que el dudarla es ultraje de la razón, enfermedad del juicio, letargo de los sentidos y delirio de una obstinada ciega pasión (p. 294).

También podemos ejemplificar lo que decimos con un texto de Juan de Cabriada, cuya *Carta filosófica médico-química* (1687) ha sido considerada por López Piñero como el manifiesto del movimiento novator. Hay en ella pasajes de sorprendente modernidad, y no solo en las ideas, sino también en algún elemento de la expresión, como ocurre en ese texto, muchas veces citado, en que Cabriada lamenta el retraso con que llegan a España las “luces públicas que ya están esparcidas por toda Europa”. Pero junto a esto, cuando Cabriada pasa a exponer cuestiones propiamente científicas se muestra oscuro y poco afortunado en la adopción de cultismos técnicos. Júzguese por esta muestra:

22. G. MAYANS, *Epistolario II. Mayans y Burriel*, ed. de Antonio Mestre, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1972, p. 192.

El vino consta de partes diferentes, de las cuales una se llama sulfúrea porque se inflama prontamente, otra se llama salada, y ambas son volátiles [...]. A más de estas sustancias se halla un sal fijo permixto al humor ácueo. Y si la compage de estas sustancias se comienza a disolver, sucede una fermentación y pugna, de donde se sigue que la parte espirituosa y sulfúrea se evola, quedando la sal volátil unida al sal fijo por la cognación y amicitia que hay entre ambas<sup>23</sup>.

Frente a todo esto, uno de los grandes méritos de Feijoo estriba en la limpia claridad y la encantadora sencillez con que sabe explicarse en materias científicas. Tomemos, por ejemplo, una de las *Cartas eruditas*, la que lleva por título *Corrígese la errada explicación de un fenómeno y se propone la verdadera*. Un corresponsal le pide una explicación para un raro fenómeno que ha observado: yendo de camino en un coche, un día de intensísimo frío y en medio de una gran nevada, los ocupantes del vehículo observan que los cristales están cubiertos, por su cara interna, de una capa de nieve; el hecho le produce gran admiración al consultante, quien tras mucho especular no encuentra más explicación que el que la nieve haya penetrado, impulsada por el viento, a través de los poros del vidrio; en esta opinión le confirma un docto Padre Maestro, quien acalla sus dudas con una sentencia verdaderamente cómica: “Señor D. N., es cierto que por lo común el aire es más sutil que la nieve; pero sepa V. mrd. que la nieve de este año es más sutil que el aire”. “No sé cómo al leer esta sentencia —dice Feijoo—, con la fuerza de la risa no se me reventaron las venas del pecho”<sup>24</sup>. Naturalmente, la explicación es mucho más sencilla: la supuesta nieve adherida a la cara interna de las ventanillas del coche no era más que el resultado de la condensación del vapor de agua existente en el interior del vehículo, procedente de la respiración y la transpiración de sus ocupantes. Pero no era fácil explicar con claridad esto al corresponsal y a los lectores. He aquí cómo lo hace Feijoo:

La materia de la nieve que cubría por la superficie interior las vidrieras del coche no vino de afuera sino de adentro, y en la parte misma donde estaba dicha nieve colocada recibió la congelación que la hizo nieve. ¿Qué materia es esta? Los hálitos de los mismos que estaban en el coche, los cuales, llegando a las vidrieras, en ellas se congelaban, por la grande frialdad que al vidrio había comunicado y estaba incesantemente comunicando el ambiente externo.

Para entender esto se debe suponer que de nuestros cuerpos y de todo el ámbito de ellos estamos continuamente exhalando gran cantidad de vapores, [...] en que también se debe hacer cuenta de lo que en la respiración evaporamos. Estos vapores, si después que salieron encuentran algún cuerpo muy sólido y frío, en su superficie se coagulan más o menos según la mayor o menor intensidad del frío, lo que se hace más sensible si la superficie es tersa y bruñida como la del vidrio, porque, no siéndolo, se esconde la mayor parte del humor coagulado en las grietas y pequeños hoyos del cuerpo que le recibe. Este fenómeno es vulgarí-

23. El texto pertenece a una obra complementaria de la *Carta...* y debida al propio Cabriada: la *Verdad triunfante* (s. l., 1687), p. 147.

24. *Cartas eruditas* I (1742), 10<sup>a</sup>, 1.

simo, y cualquiera podrá observarle respirando contra un vidrio o cualquiera cuerpo metálico liso que estén muy fríos. [...]

Da vuestra merced a aquella congelación el nombre de nieve, pero realmente era hielo, aunque hielo que tenía alguna apariencia de nieve por estar muy enrarecido o contener muchos pequeños huecos llenos de aire, lo que le quitaría mucho de la diafanidad y a proporción le blanquearía, como yo lo he observado en las congelaciones hechas en las vidrieras de mi celda. Esto proviene de que en semejantes casos las partículas vaporosas no se unen recíprocamente con total contigüidad. Para cuya inteligencia imagínese que aquellas partículas, como es más que probable, son esféricas; puesto lo cual, supóngase que dos partículas de estas, colocándose inmediatas una a otra en la superficie del vidrio, se hielan. Venga después otra partícula perpendicular al punto en que se unen las dos: es claro que, asentándose sobre ellas, ha de quedar entre las tres algún espacio vacío, y lo mismo sucederá agregándose otras por los lados, así como en un montón de bolas necesariamente quedan muchos espacios vacíos de la materia de las bolas y llenos de aire... (§§ 4-5 y 7).

Y así sucesivamente. La cita solo pretendía mostrar la enorme capacidad de Feijoo para utilizar la prosa clara y sencilla que conviene a la divulgación científica. Gracias a él, pero también gracias a una previa labor de menos brillo que los novatores habían llevado a cabo, la lengua española estaba dando un paso decisivo en el camino de su definitiva madurez.